

DESGLOSE A LA CASA DE SALUD. APUNTES SOBRE LEOPOLDO MARÍA PANERO

Una deuda postergada tenía la poesía en lengua castellana del siglo XIX al ser el último germen del Romanticismo y engendrar, con poca fortuna y en el halo de alguna posible degeneración ilustre, poetas malditos muy menores, esclavizados por la rima y la declamación. Pero en ese entonces bastaba la casi simetría entre las palabras lúgubre y lóbrego, y el prestigio ostensible de cualquier vago sentimiento esdrújulo para resaltar, incluso con fortuna, el palor, proporcional en méritos, de las rancias academias a las entrampadas musas con las cuales se cumplían regularmente pactos suicidas, la mayoría fulminantes y a corazón lánguido. La historia es vasta.

Pese a la convulsa primera mitad del siglo XX para la literatura española, es difícil olvidar que la diestra acometida de la generación del 27 emana del Siglo de Oro, y en especial de Quevedo y Góngora. Aunado esto a la porfía por el pudor ibérico, católico o no, franquista o no, genético o no, a la larga el destino de esta generación aparece cifrado en las figuras insobornables de Federico García Lorca y Luis Cernuda, quienes desde lo formal, enfrentan cualquier dogma montañés y, desde su mensaje, son elocuentes el asesinato del primero y el exilio del segundo.

A su vez, el madrileño Leopoldo María Panero (1948) prueba al extremo la trinchera de las viejas fórmulas de García Lorca (la imaginación desbor-

dada) y Cernuda (el autorretrato del deseo) frente a la realidad. Detallo y diferencio: la *imaginación* en Panero tiende a lo mórbido, mientras que el *deseo* es una forma de aniquilamiento propio.

Nada le molesta más a Panero que el juicio y la etiqueta de poeta maldito, aunque es cierto que su biografía acusa lo mismo el fervor político que indefinidas temporadas en casas de salud, uso de drogas, alcoholismo, el gusto por el escándalo y lo discordante. Ese sería el primer error: la superposición del eje biográfico al eje artístico. Desde su aparición en la legendaria *Nueve novísimos poetas españoles* (1970) y en libros como *Por el camino de Swan* y *Así se fundó Carnaby Street* o *Poemas del manicomio de Mondragón*, el problema es moral, no literario. Panero cree en una poesía esteticista y técnicamente bien escrita. Esto se quiere ejemplificar aquí con la siguiente propuesta de lectura de uno de sus últimos libros: *Guarida de un animal que no existe* (1998).

En conjunto, los poemas de *Guarida de un animal que no existe* responden a la zona de los epígrafes, elocuente en sus deudas de reprobación o afecto, sobre todo el primero, de Charles Baudelaire, que advierte: “La lógica de una obra substituye cualquier postulado moral”. Además, integran una especie de conjuro a partir de las relaciones hombre-escritura, hombre-dios. Escribí *conjuro* consciente de la síntesis que brinda esta palabra, entendida como un ruego enrarecido.

“En lo divino —escribió Hölderlin— creen únicamente aquellos que lo son”. Igualmente, en la negación de lo divino interviene una versión espuria de la fe, y será esta fe a la inversa el decorado de los poemas: demonios, vírgenes deformadas,¹ la serpiente, el leopardo; es decir, los lugares e iconos comunes al horror de Dante.

Apunto el poema “A Belial”:

Cuando en el crepúsculo las ancianas sollozan,
acudes tú Belial
a borrar con una esponja de vino los pecados
y a convertir en vino el pan dorado
el pan que dora el sufrimiento de los locos
el amargo pan de la muerte
y escucho tus pasos venir, venir a ayudarme
y respondes, tú solo respondes
a ese grito en la habitación a oscuras.

Belial o Beliar es, según la demonología, no sólo sinónimo del diablo, equivalente a Satanás, sino que significa: infame, indigno, despreciable, perverso. Espíritu de la Maldad que tiene un remoto origen fenicio, es el Príncipe Regente de la zona infernal conocida como *Sheol* y está al mando de ochenta legiones de diablos.

Sin embargo, en el poema, Belial juega como interlocutor y semejante del sujeto lírico. Se trata de una atmósfera decadente donde el estertor extrínseco, que cifra al mundo, queda representado en las ancianas que sollozan. Símbolo de esterilidad y extinción que sólo el vino transforma y reconforta. Es aquí donde la visión deformada de la comunión (pan y vino) es ofrendada dulcemente a Belial. Dos figuras muy sutiles contribuyen al efecto: la construcción polisindética y la anáfora.

Un tema y desarrollo casi idéntico al anterior se encuentra de manera más despojada de simbolismos en este poema:

Narciso era mi nombre, y he muerto.
Era un adolescente hermoso, y he muerto.

Y aquí no hay mujeres, sólo vino,
eternidad y alcohol, para que la vida sufra
y el ángel solloce su caída.

De nuevo, el vino es la ocupación esencial, el don de ebriedad luego del final de la juventud y el esplendor.

El poema “Himno a Satanás”, dedicado a

1 Por ejemplo, en el poema “Pata de mono” se lee: “Y la virgen acaricia la cruz/ con dedos húmedos de excremento/ y es como si un espectro terrible yaciera/ aun entre mis dedos”.

Belfegor, continúa la línea macabra que rige a este libro:

Tú que modulas el reptar de las serpientes
de las serpientes del espejo, de las serpientes de la vejez
tú que eres el único digno de besar mi carne arrugada,
y de mirar en el espejo
en donde sólo se ve un sapo,
bello como la muerte:
tú eres como yo adorador de nadie:
ven aquí, he
construido este poema como un anzuelo
para que el lector caiga en él,
y repté
húmedamente entre las páginas.

Belfegor fue el dios moabita de la lujuria y preside las invenciones y los descubrimientos en el infierno. Es el demonio particular de Francia y guardián de la ciudad de París. Aquí la correspondencia parece ser el acto creador. Si el poema es el espejo que acoge el cuerpo marchito, enjuto o aberrado como sapo, la trampa consiste en reflejar también al lector, de quien se espera que repté como las serpientes dóciles a Belfegor.

Otro desplazamiento curioso en la divinidad aparece en el siguiente poema:

El cigarrillo, dios de la vida
dios de los suicidas
cae al suelo como una flor herida
flor de ceniza
rostro invertido, flor de la nada.

Casa de la ceniza, en ti Dios humea
y la sangre busca su herida
maldiciendo el poema, hecho
de la frente que cae, y boquea.

La flor sucia de la vida
cae al suelo, y pregunta
a Dios por qué existió.

Es interesante el paralelismo entre el cigarrillo y el

poema, mientras el desvanecimiento del cigarro representa el goce y el placer por el placer en su destrucción. A su vez, el poema es el residuo de la frente, del pensamiento, y posee connotaciones negativas: es la flor sucia que al morir afirma la duda, la angustia frente a Dios.

En "Me celebro y me odio", clara referencia al *Canto a mí mismo* de Walt Whitman, el yo poético ataja y enuncia una poética del dolor en la escritura; el poema crece autónomo, como una maldición frente al sentimiento humano de lo finito, tiene voluntad propia y habrá de perdurar más allá de él:

Me celebro y me odio a mí mismo
palpo el muro en que habrá de grabarse mi ausencia
mientras el poema se escribe contra mí,
contra mi nombre
como una maldición del tiempo.

Escupo estos versos en la guarida de Dios
donde nada existe
sino el poema contra mí.

Es así que los conjuros de *Guarida de un animal que no existe* de Leopoldo María Panero semejan el saldo de una deuda no dicha con el espíritu romántico y otras afecciones deleznable del siglo XIX. Desde Baudelaire, antídoto dilecto de los anacrónicos, instigo a la lectura de Panero:

Lector apacible y bucólico,
sobrio e ingenuo hombre de bien
tira este libro saturnal,
orgiástico y melancólico.

Si no has estudiado retórica
con Satán, el astuto decano,
¡tíralo!, no entenderías nada,
o me creerías histórico.
Mas si, sin dejarse hechizar,
tus ojos saben hundirse en los abismos
lee para aprender a amarlos. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Baudelaire, Charles (2000), *Las flores del mal*, Madrid. Edimat.
- Diccionario de ciencias ocultas* (2001), España. Editorial Espasa Calpe.
- Izzi, Massimo (1996), *Diccionario ilustrado de los monstruos*, España, Alejandría.
- Lurker, Manfred (1999), *Diccionario de Dioses, Diosas, Diablos y Demonios*, España, Paidós.
- Panero, Leopoldo María (1998), *Guarida de un animal que no existe*, Madrid, Visor.



Quimera de Arezzo.

Estatua de bronce etrusca (1.38 m × 0.80 m), restaurada en el siglo XVI por el escultor italiano Benvenuto Cellini.